

Vigésimo Sexto Domingo del TO B2024

Las lecturas de hoy nos invitan a meditar sobre la intolerancia por motivos religiosos y sus efectos en el ámbito de la justicia social. La primera lectura describe la situación de Israel tras su liberación de Egipto.

En aquel tiempo, Moisés se sentía abrumado por el liderazgo sobre Israel, y Dios le ordenó que buscara un alivio nombrando setenta ancianos que pudieran ayudarlo como jueces sobre Israel. Para que estos pudieran actuar con eficacia, Dios les confirió parte del espíritu que le había sido dado a Moisés. Los setenta ancianos recibieron el carisma dado a Moisés y comenzaron a profetizar. Dos de ellos, que no estaban presentes en la reunión, recibieron también el espíritu de la misma manera que los demás.

Como reacción, Josué, el asistente de Moisés, protestó y quiso detenerlos por no haber estado con los demás. Curiosamente, Moisés lo reprendió denunciando sus celos. Para Moisés, sería bueno que todo el pueblo de Dios fuera profeta y estuviera lleno de su espíritu.

Al parecer, el texto nos enseña que Dios no hace distinciones. Él da sus dones y talentos a cada uno según su generosidad e incluso fuera de las estructuras establecidas.

Si pudiéramos ser felices por lo que nuestros semejantes reciben de Dios y tolerarnos unos a otros, ¡qué maravillosa sería la vida! La “mentalidad de gueto”, en lugar de contribuir a nuestro crecimiento humano y espiritual, es perjudicial para nuestra unidad y una coexistencia pacífica entre nosotros.

Este punto es exactamente lo que Jesús trae en el Evangelio. Mientras Juan se quejaba de alguien que expulsaba demonios en su nombre sin ser del grupo, Jesús prohibió impedirsele. Para Jesús, nadie puede realizar obras poderosas en su nombre y al mismo tiempo hablar mal de él.

Aquí Jesús nos invita a esforzarnos por ver el Espíritu de Dios en acción siempre que nos encontremos con personas buenas, incluso si no pertenecen a nuestra Iglesia. Quien actúa correctamente según su conciencia está de parte de Jesús. Por nuestra parte, debemos amar y respetar a cada persona sin importar cuán diferente sea. También debemos recordar que la verdad siempre es más grande que la comprensión de cualquier individuo. Nadie puede comprender completamente toda la verdad. La base del principio de tolerancia no es la aceptación perezosa de que en todas partes hay verdad, sino el reconocimiento de que Jesús mismo es la verdad. En ese sentido, la intolerancia sería un signo de arrogancia e ignorancia, porque es un signo de que la gente cree que no hay verdad más allá de lo que ellos conocen y ven.

Esto no significa que tengamos que renunciar a la verdad que sostenemos en la tradición católica. Significa que un rayo de verdad y mucha bondad se encuentran en todas partes. Si las personas están difundiendo errores para destruir los valores morales y los fundamentos de la fe, la civilización cristiana, hay que combatirlos. Sin embargo, la forma de combatirlos nunca debe ser eliminarlos por la fuerza o las armas, sino demostrarles que están equivocados.

En otras palabras, podemos no compartir la opinión o creencia de una persona, pero nunca debemos odiar a esta persona. Como escribió una vez el escritor francés Voltaire: “Odio lo que dices; pero moriría por tu derecho a decirlo”.

Porque Jesús es la verdad que nos da la salvación eterna, todo aquel que haga el bien en su nombre recibirá una recompensa. Toda bondad, toda ayuda prestada al pueblo de Cristo, siempre recibirá una recompensa. Todo aquel que se encuentre en necesidad tiene derecho a reclamarnos por pertenecer a Jesús. Este es uno de los fundamentos de la doctrina social de la Iglesia, a saber, que tenemos una obligación hacia los necesitados entre nosotros por causa de Jesús.

Por eso, como discípulos suyos, continuamos su obra y misión cuidando de nuestros hermanos y hermanas que están en necesidad. Al hacerlo, damos un testimonio evidente de nuestra pertenencia a Jesús. Lo que se espera de nosotros no es que hagamos cosas extraordinarias, sino simplemente dar un vaso de agua a un necesitado. Un vaso de agua representa la cosa más sencilla que cualquiera puede hacer diariamente en el nombre de Jesús.

Si ser discípulo de Jesús significa hacer el bien a los demás y ganar una recompensa, entonces, hacer tropezar a un hermano o hermana débil es hacerle daño y, por lo tanto, ganarnos nuestro castigo eterno. En otras palabras, pecar es algo malo, pero enseñar a otros a pecar es terriblemente peor. Por eso nuestro Señor habla de cortar la mano o el pie, o de arrancar el ojo para simbolizar la integridad de nuestra acción, la limpieza de nuestra intención y la decencia de nuestra mirada. Todo lo que hacemos debe ser perfecto y puro para no llevar a otros al pecado.

Como discípulos de Jesús, estamos llamados a hacer el bien a los demás, por eso la cuestión de la justicia social cobra importancia para nosotros. Eso explica por qué Santiago es duro con los ricos que explotan a los pobres. Les advierte que si no dan a sus trabajadores el salario que les corresponde y les engañan, corren un gran riesgo. Llegará un día en que su oro y su plata se oxidarán.

El óxido y la corrosión son la prueba de la no-permanencia y de la falta de valor de las cosas terrenas. Por eso, cualquier persona rica que no juegue limpio con los pobres acabará mal. Quien elige esta forma de conducta elige también un fin oculto. Una persona así es como una vaca cebada. El fin de una vaca cebada es que un día será sacrificada para algún banquete. Y quienes han elegido vivir en el egoísmo, sin ninguna consideración por la justicia social, son como hombres que se han engordado para el Día del Juicio. El egoísmo siempre conduce a la destrucción del alma.

Permítanme terminar con una oración: Padre celestial, ayúdanos a tomar en serio estas palabras de advertencia y a trabajar por la justicia social. Como Moisés, permítenos reconocer nuestros límites en las cosas que hacemos y pedir la ayuda que necesitamos. Por favor, danos el coraje de reconocer los dones y talentos de nuestros hermanos y hermanas mientras te agradecemos por su presencia en medio de nosotros para el bien de todo el cuerpo de Cristo.

Números 11: 25-29; Santiago 5: 1-6; Marcos 9: 38-43, 45, 47-48



Fecha de la Homilía: el 29 de Septiembre, 2024

© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20240929homilia.pdf